

dice Goethe—no es más que polvo, en tanto que es un árbol frondoso el que ostenta los frutos de la vida. El pobre diablo que se alimenta de metafísica es como un animal en un páramo estéril. Un espíritu maligno le hace girar en un círculo infranqueable, en tanto que a su rededor se extienden bellos y grasos pastos».

*Hacemos constar* la existencia de la moral, de las ideas y de los sentimientos morales. Hallamos que ésta es su genealogía, su génesis *orgánico*, su historia natural. El sentimiento moral existe, es un hecho. ¿Cómo ha nacido? Ha nacido de las relaciones sociales que los hombres, *fisiológicamente*, han debido establecer entre sí.

«Errantes en los bosques y a la orilla de los ríos—dice Volney,—persiguiendo a las fieras y a los peces, los primeros humanos, cazadores y pescadores, rodeados de peligros, asaltados por los enemigos, atormentados por el hambre, por los reptiles y por los carnívoros feroces, sintieron su debilidad individual, e impulsados por una necesidad común de seguridad y un sentimiento recíproco de los males, unieron sus medios y sus fuerzas; y cuando uno se halló en peligro, muchos le ayudaron y le socorrieron; cuando uno careció de subsistencia, otro partió con él su presa: de ese modo los hombres se asociaron para asegurar su existencia, para aumentar sus facultades, para proteger sus goces; el amor propio fué el principio de la sociedad».

Esa es sin duda la racionalización exagerada. A su salida de la animalidad, el hombre primitivo no pensaba tanto sobre las ventajas del contrato social como los hombres del siglo XVIII; pero es cierto que la moralidad no tiene más origen que los primeros embriones de sociedad, debidos a las fatalidades fisiológicas y a las necesidades de la lucha por la subsistencia. El instinto sexual, en efecto, ha dado nacimiento a las asociaciones de reproducción, puntos de partida de las sociedades propiamente dichas, generadoras del hecho moral, en cuanto

obligan, en la medida de su acción, al egoísmo personal a retenerse en los límites del egoísmo ajeno, también restringido, en atención a que, como muy bien lo ha dicho Lange, ilustre autor de la *Historia del materialismo*, las relaciones continuas entre individuos no pueden desarrollarse sino cuando el egoísmo brutal ha sido dominado. En tal estado sucede que la sociabilidad nace, se desarrolla, que la simpatía se manifiesta, que el altruismo hace su entrada en el grupo organizado.

Y la moral, consecuencia necesaria de la asociación, se desarrolla como ésta en función del progreso de las especies y de las razas, lo que está fuera de duda, todos los naturalistas contemporáneos lo han probado.

Podríase, en consecuencia, fijar el grado y la categoría de una especie o de una raza en la animalidad, y de una sociedad o de un individuo en la especie, según la suma de moral que poseen esta especie, esta raza, esta sociedad y este individuo.

Todo ser tiene, pues, un gran interés en desarrollar el sentido moral en sí y en su raza. No se puede negar esta rigurosa consecuencia de los hechos y de las leyes biológicas, a menos de admitir que sea indiferente para un individuo pertenecer a la baja animalidad o a una raza civilizada.

Esforcémonos por desarrollarnos moralmente, lo mismo que el medio social a que pertenecemos; ningún otro fin merece más empeño, porque el resultado será de tan alto valor, que sin las afirmaciones positivas de la ciencia, podría creerse quimérico o sobrenatural.

Practiquemos el culto y la cultura de la fuerza moral, de las fuerzas morales. El culto del derecho, de la justicia, el amor ardiente de la humanidad, el sacrificio por sus semejantes, el entusiasmo del bien no son palabras vacías, como se ha osado escribirlo; son *fuerzas activas*; la Revolución francesa les debió en parte su victoria sobre la reacción europea.

Se trata de otra cosa muy impor-